

¿Podría yo decirte la verdad? Ésa es una pregunta para ti. ¿Me vas a creer o no? A eso sólo respondes tú. Lo que yo sí puedo hacer es hablar. Y allá tú si me crees.

Yo salía de la casa de cambio y llevaba todo el dinero encima. Treinta mil dólares en billetes y algo más de cuatro millones en pesos. Canelo estaba a mi lado, Cabro Díaz o Cabro del Día, como le decíamos, un poco más atrás. ¡Corre, Irene!, me gritó Canelo. ¡Corre! Y doblándose tal como nos habían enseñado, en cuclillas y de costado para minimizar la exposición al enemigo, cubrió mi retirada con su revólver Smith & Wesson .44 Magnum y empezó a meterles candela. Pero yo no. Yo corrí un trecho y luego caminé unos metros y viendo que nadie se fijaba en mí y la gente escapaba aterrada escuchando los tiros, presa del pánico me eché al suelo y me escondí debajo de un camión estacionado. Inexplicable en una combatiente entrenada como yo. Me dije: dejemos que cesen las balas y podré salir y caminar con naturalidad. La verdad es que el día de la prueba reculé. Y tenía el dinero en mi cuerpo. Ése es el hecho. Un instante antes todo era posible; un instante después, me entrampaba el destino, el puente se había cortado, ya no podía retroceder. Nunca más. Da vértigo pensarlo. Pero existió ese instante, ese campo abierto y libre fue real y una décima de segundo después había desaparecido para siempre: yo estaba presa.

Disolvió mi ánimo el ácido del miedo. Quise sobrevivir. Quise una prórroga. Me dio pánico vivir la duración de mi manzana. El temor a las llagas del aniquilamiento, la cercanía angustiosa e inexorable de la nada y mientras tanto el suplicio del

desangramiento que va transformando al vivo en muerto. Pienso en Canelo: hubo, claro, un instante en el que pudo escapar y sobrevivir como yo. Y sin embargo no lo hizo. ¿Habría creído que podía presentar batalla y salir con vida? ¿Se lo habrá preguntado o cumplió con su deber por instinto?

Mientras miro por la ventana al mar Báltico van entrando al puerto grandes barcos. Y la imagino a Ana, mi hija, al atardecer en un solitario botecito de pescador vaciando el ánfora con mis cenizas al mar, frente a la playa de El Quisco. Desde aquí, en Estocolmo, para mí Chile es una leve cornisa suspendida entre los Andes y el mar. Lo que te cuento ocurrió allá y hace tanto. Tengo buena memoria. No tan buena como la del Gato, claro. Nadie más memorioso que él. ¿Sabes que podía recordar trozos completos de lo dicho por un interrogado y repetírselo tal cual al día siguiente para demostrar una contradicción?

Oye, háblame un poco más fuerte. Levanta la voz, ¿bueno? Me he ido poniendo bastante sorda, te diré. Yo pensaba que la sordera era un silencio, una oscuridad, una ausencia como la ceguera. Pero no. La sordera es un ruido constante, un zumbido interior que detiene las voces y sonidos que te llegan obligándote a oír siempre lo que viene de adentro tuyo. La sordera, más que la ceguera, creo, te deja a solas sin otra compañía que la de tu propio e incansable zumbido.

Y entonces yo, sin soltar mi cartera de cuero hinchada de billetes, me arrastré metiéndome debajo de ese puto camión. Algunos pasaban corriendo, pero ya no se oían balazos. Me asomé desde abajo y estaba encañonada. Fue un alivio. La misión había terminado. El tipo que me encañonaba era un cabro joven, flacucho, no muy alto, jeans azules, polera verde. ¿Acezaba de susto? Nadie habría pensado que era un agente. No supe cómo se llamaba. Después lo vine a encontrar en la discoteca de esa casa de Malloco. Pero no te quiero contar eso todavía, quiero ir en orden, aunque no es fácil, no es así como funciona la memoria.

Dejé caer la cartera con movimientos calmados para no alar-

marlo y que me disparara. Repetía la orden como un enloquecido. Yo no sentía culpa ninguna. Tiritaba, pero por dentro me iba ganando una paz deliciosa. Ya no tenía nada que elegir. Todo estaba consumado. Pero no era así, claro. Llegó otro muy alto y agitado, de bigote delgado y pelo entrecano. Otro que no vi, por detrás, me torció con brusquedad la mano derecha tras la espalda y me dolió, y me ordenaron poner la mano izquierda en la nuca. Sentí una esposa cerrándose en esa mano izquierda, un tirón doloroso en la derecha y quedé con las manos inmovilizadas detrás de la espalda. En el tipo vi ojos violentos y sentí un grito. Me pasaba los billetes por la cara y yo decía que sí, que eran míos. Nunca supe quién fue ese alto de pelo entrecano. Lo han de haber destinado poco después a otra unidad. Y el cabro de la polera verde me puso mi propia Beretta en la sien.

Un momento después llegó el Macha. Lo llamaron y me volví hacia él. Pensé al reconocerlo: mataron al Canelo. Eso fue lo que pensaba cuando me encontré de repente con sus ojos y me quedé petrificada. Había matado, había matado recién. No tuve ninguna duda. Venía de matar a Canelo. Yo no sabía que una mirada podía ser tan intensa y directa y simple. No me atrevía a bajar los ojos por miedo a que en ese momento me matara a mí. Pero sostenerle la mirada también era una insolencia y podía matarme por eso, así es que bajé muy lentamente las pestañas.

Por supuesto, nos habían hablado de él y yo había visto incluso una foto que le habían conseguido tomar a distancia, pero estaba movida y no se lo distinguía bien. Le habían metido un balazo en una pierna. Por eso cojeaba algo. Fue en un allanamiento. No quedó claro quién le disparó. Puede haber sido fuego amigo. Es lo más probable. Se decía que estaba a cargo nuestro, que era el jefe operativo encargado de aniquilarnos. Eso lo sabíamos. Y él sabía que lo sabíamos. No creo que haya descubierto jamás cuál era nuestra fuente. Tiene que haber sospechado que era alguien cercano a él. Una vez logramos dejarle un mensaje de advertencia en el parabrisa de su auto blanco, un

punto ocho, Corona, que estaba en el estacionamiento del edificio vigilado donde vivía. Cambió de departamento y su auto por una Toyota 4×4, roja. Pues en menos de un mes encontró en el parabrisa otro mensaje de advertencia igual. Yo no participé en esas misiones. No supe cómo se hicieron. Pero ahora creo saber quién era nuestro contacto adentro de la Central. Sí. Tal vez.

Y un día lo amenazamos colocando una falsa bomba en la sala del Kinder donde estaba su hijo. Cuatro años habrá tenido entonces el niño. A mí me tocó hacer un «punto» y entregar a un combatiente de otra célula la bomba vietnamita que se utilizó. Un cono fabricado con una simple olla de cocinar llena de tornillos y clavos. Pero se le avisó. Jamás pensamos detonarla. No tenía iniciador siquiera. Llegó él mismo al jardín infantil con tres autos llenos de cenachos, entraron a la carrera y desarticularon el aparato. Él salió corriendo como una exhalación llevándose a su niño en brazos. Lo cambió de Jardín y lo matriculó con nombre falso. Fue la tercera advertencia. Para que se hiciera a un lado, para que la cortara con nosotros.

En otra oportunidad se montó un operativo para ajusticiarlo a la salida de la casa de su amante. Pero el que salió en la madrugada de esa casa y cayó acribillado por nuestro AK-47 no fue él sino otro agente. Una operación fallida.

Cuando levanté de nuevo la vista, el Macha le decía algo rápido y cortante al alto de bigotes. Miró la hora en un Rolex de pulsera metálica. Se puso unos Ray-Ban de marco metálico. Su espalda era ancha y derecha, recta como si de hombro a hombro la atravesara un hierro recto. Al guardar la funda de los lentes se le abrió la chaqueta del traje oscuro. Divisé la cache de su arma metida en la sobaquera. Sentí un movimiento, un leve rumor detrás de mí antes de que una venda me tapara los ojos. Al ver todo negro moría sin saberlo todavía. No, por supuesto, como Canelo, que quedó fijo e inmóvil en la eternidad de los héroes. Pero yo sabía que también la hermana Irene había caído ese día en la calle Moneda y quien la había matado había sido yo.

Los días no se distinguen de las noches y todo transcurre en una atmósfera gaseosa atravesada de pavores. Si hubiera cómo contar lo que te ocurre ahí adentro. ¿Qué eres?, ¿un animal enajenado por el horror?, ¿dónde estás?, ¿qué esperas? Desde que te ponen la venda sales de ti y entras a una pesadilla sin formas definidas, en la que la estupefacción del miedo, los golpes repentinos y los sobresaltos del dolor te van pasmando y desmoronando. *Un grito para recoger todo eso y una lengua para aborcarme.* Entonces te dices: ésta fue siempre la verdad, me la enseñaron mis profesores, en los patios de la universidad no se hablaba de otra cosa; somos este flujo sin consistencia, nunca creí en las sustancias incorpóreas, en las identidades imperturbables, en las esencias intemporales. Entonces me acuerdo y me repito mis lecciones de la universidad: soy esclava porque preferí conservar la vida a cambio de perder mi libertad, etcétera, etcétera. Pero hubo hermanos que no se dejaron capturar y sacrificaron la vida. Yo no. Se desprendieron, volaron y permanecieron libres, suspendidos por encima de la vida y de la muerte. Son nuestros héroes. Ellos, los agentes que nos martirizan, los admiran. Si nos respetan, es por ellos. Si nos temen, es por ellos. A mí se me preparó para hacerlo y no lo hice. Canelo sí.

Entonces el amo dominará a la hermana Irene y yo me iré desgastando y llegaré a ser una cosa para él, su esclava. No Canelo, que se libró. Puso su dignidad y su libertad por encima de su vida. ¿Palabras demasiado grandes? *Lo suyo no era contestar / Lo suyo no era preguntar / Lo suyo era sólo cumplir y morir.* Yo no. El amo logrará ir doblegándome como si llegase a ser un animal-

to suyo. El rostro que no puedes ver empieza a ser un todopoderoso, mi aterrador *deus absconditus*, mi dios escondido. Eso fue lo que me fue pasando a mí. Me estoy adelantando en la historia. Ese momento de rendición se va preparando en mí sin que yo lo sepa. *Nadie se suicida solo*. Estoy cada vez más exhausta, eso sé. A nosotros nos adiestraron para resistir esto. Pero nunca imaginé cómo te va minando por dentro el mero cansancio físico. Uno se puede morir ahí adentro de puro agotamiento, de puro desaliento, de pura soledad. Es una vida moribunda la que vivo. No hace falta que te maten. Tú te vas alejando hasta dejarte a ti misma, y eso es morir. Hay una entrega imperceptible, es este cansancio que te pesa y te curva lo que te va haciendo capitular.

El dolor me va forjando aunque todavía no lo sé. Siempre lo hace. La llama que ablanda y moldea los metales. Es cuestión de alcanzar la temperatura apropiada a cada uno. Y ellos querían más de mí, siempre más. Tú no imaginas lo que es eso. No puedes. Eres una cucaracha a la que cualquiera tiene derecho a reventar de un pisotón. Te lo advierten. Sabes que es verdad. Puedes desaparecer para siempre en cualquier momento. Existes de prestado, existes mientras ellos lo quieran.

Un cenacho me escupió porque sí. «El Rata», le decían, el Rata Osorio, un ser insignificante, bajo, menudo, de pelo colorín apegado al cráneo, casposo y orejas alargadas. Lo llamaban para que manejara la manivela. Me puse a llorar. El Rata se enfureció, me trató de histérica y me plantó una cachetada a mano abierta. Me botó al suelo. Eso fue todo, pero no fue todo. Hueona histérica, me dijo el Rata mirándome con una sonrisa burlona. Hueona, repitió lentamente. Adiós, hueona, y cuando ya se iba, se volvió y con la misma sonrisita burlona, me lo dijo de nuevo, porque sí. ¿Me explico? Eso fue atroz. Peor que muchas cosas.

La muerte empezará a parecerte hermana y buena. La muerte ya es la única esperanza. *En aquellos días, buscarán los hombres la muerte y no la encontrarán; desearán morir y la muerte huirá de*

*ellos.* Porque, ¿sabes? Siempre hay una esperanza. Siempre estamos esperando a Godot. Sólo que en un momento dado Godot pasa a ser la muerte y ya no te espanta. Con tal de que no sea doloroso el trance. Lo que te asusta es sólo el dolor físico que hay que soportar para abrir su puerta. Ese futuro mínimo que es la espera de la nada deja también un espacio mínimo a tu pasado. Eso no lo sabía: que el pasado es tuyo sólo si hay algo por delante, que la memoria sólo surge y tiene sentido si hay futuro. De lo contrario tu memoria deja de trabajar, se atasca, y te desaloja. Eso es lo que te mata. Se te acaba el tiempo y eres ya casi nada, casi cosa y en todo caso, no tú. Te han vaciado. Y, sin embargo, sobrevives con la tenacidad inútil del insecto aplastado que sigue moviendo sus patitas.

El placer del interrogador cesa en la medida en que me reduce a ser meramente su cosa. Él se construye como mi vencedor mientras va suprimiendo mi libertad. Debo estar siendo sometida y esclavizada, no transformarme en una máquina descompuesta. Por eso le gusta que grite, que niegue, que me resista.

Me repito a mí misma las lecciones que aprendí en la universidad: reconoce su dominio a través de mis estremecimientos, mis aullidos descontrolados, mis humillantes súplicas, mis servidumbres incondicionadas, mi miedo, mi miedo que penetra en mi cuerpo como un tatuaje. Pero la verdad es que nada de eso me sirve, estas reflexiones no me salvan y yo lo único que quiero es que el miedo cese.

Nada de lo que aprendí suena real. Incluso pensar como lo estoy haciendo ahora, a la distancia y después de tantos años, es una forma de fuga. Pienso porque no pude romper mis cadenas. Pienso y repienso por qué les permití que me encerraran. Porque cuando Canelo me gritó: ¡Corre! Y yo le oí y lo vi ponerse en posición de tiro defensivo: ¡Corre! Y yo corrí, corrí zigzagueando entre la gente, tal como nos habían enseñado, corrí unos cincuenta metros hasta la calle Moneda, me tiré a atravesar la calle, como nos habían enseñado, pero al ver ese camión

estacionado me eché al suelo. Quiero que lo imagines con nitidez. El cielo estaba gris esa mañana de otoño en Santiago, pero todo estaba claro. Había luz en la calle, había tonos y contornos precisos. Y hubo un segundo que existió, hubo una décima precisa, una centésima de segundo exacta en la que yo en vez de seguir me tiré al suelo y me deslicé debajo del camión. Y ese instante de mínima duración congeló mi biografía.

Elegí sobrevivir. ¿Elegí? ¿Se puede? Algo quizás eligió por mí, mi miedo, mi instinto de supervivencia, qué sé yo. No me engañaba: sabía que me encontrarían, que me estaba entregando a ellos. Aunque no me lo dije así. No. Me dije que era un truco astuto por lo ingenuo, algo que podría hacer una transeúnte cualquiera de puro susto. El ruido de las balas, su velocidad, y sus pausas, las carreras y los gritos, y esos silencios largos y temibles. Primero fue el Smith & Wesson .44 y luego las Cezetas que usaban ellos. Porque tal como nos habían enseñado ellos desenfundaron esas CZ 75 de 9 mm Parabellum fabricadas en la Checoslovaquia socialista y vendidas a una dictadura que mataría con ellas a los socialistas. Y se sentían más y más tiros, y seguro que los otros tres hermanos también combatían. Lo raro era que nuestro AK estaba mudo. Yo era capaz de armarlos y desarmarlos con la vista vendada. A pesar de que son armas que siguen disparando sucias y embarradas teníamos que mantenerlas como nuevas. Yo sabía que nuestro AK estaba mudo.

Nada que pueda pensar me saca de aquí. Esta obstinación es una manera de subsistir, de seguir siendo yo gracias a mi culpa que es mi pasado, lo poco de él que todavía está vivo. Mis esperanzas ese día se vaciaron y convirtieron en lamentos.

Y la quemadura no cesa de arder. ¿Podieron las cosas ocurrir de otra manera? ¿Fue un azar? ¿Pero no es el azar el nombre que damos a la causa que desconocemos? ¿Hubo, entonces, razones objetivas? Vuelvo, entonces, al cómo sucedieron los hechos, vuelvo, entonces, al dolor que transcurre en un tiempo que se dilata y demora, no escurre, y no permite que olvide ni un solo minuto la densidad de su presencia. El dolor es celoso como nadie.

Una vez que ha cesado cuesta entender qué ocurrió. Es un vértigo que no puedes reconstituir. Hay un abismo infranqueable entre quién eres bajo ese dolor y quién eres un segundo después. No hay puente que una esos dos puntos. Te preguntas por qué te hacen esto. Pasan imágenes, se prenden y se apagan y tratas de ordenarlas: las yemas de mis dedos recubiertas con capas de cola fría, la sensación de Canelo a mi espalda, la señora de anteojos y lápiz Bic negro que me pasa en la caja el recibo –ella está «arreglada», nos habían informado, ella va a colaborar–, el croquis que hice yo extendido en la mesa del comedor de la casa de seguridad –es la noche antes, estamos repasando en detalle la planificación–, mi esbozo de las rejas que protegen las cajas, el mentiroso silencio que sigue a la orden que gritó Canelo, el sonido de los relojes de la puerta de la caja Bash, los billetes usados con elástico, mi amplia cartera de cuero negro abierta, el ruido del broche de mi cartera cerrándose. Todo está claro y tiene sentido. Sabías que iba a ser así.

Ésta es una lucha por la información. Estás en un proceso de *producción de la verdad*, tu cuerpo será la verdad viva. Por eso te piden «el punto», larga «el punto», hueona maraca, y te dejamos tranquila, mierda. Medio minuto después vuelven y esa explicación no sirve de nada. De nuevo, todo es incomprensible. Y vuelven los espasmos, saltas, te revuelcas sin control, eres una muñeca enloquecida, que se daña a sí misma. Es una explosión inaguantable que viene desde adentro y que tu propio organismo retiene convulsionado, un choque de olas contrapuestas en las que tu cuerpo ya no es más tuyo, se te escapa desgajándose, y sin embargo sigues sufriendo tú con intensidad inacabable. Quisieras entregarlo, dejarlo ir y conservar tu alma. Porque es tu alma la que no da más de dolor y espanto y quisiera huir. No puede, claro. Como sentir el ritmo de la música sin el cuerpo. Trato de viajar por mis recuerdos. Es lo que nos han enseñado. Pero yo no puedo pensar en nada, y me quejo, grito que paren, pero el tapón de trapo se chupa mi grito y oigo un gruñido saliendo de mis tripas. Las torsiones impotentes martillan tu impotencia en el cerebro. La contrapartida: la potencia de esa voz péfida que te da y quita el dolor que te astilla. Para que esto

cese tienes que levantar un dedo. Si lo haces es para confesar, para delatar. Es tu palabra que niegas lo único que queda de ti. Si no viene, te castigan. El dolor se mueve. Tu propio dolor te enloquece dislocándote. Mi dolor que es mi dolor. Nadie puede entrar adentro de él.